

# Capítulo 1

La apuesta era así: si erraba el tiro al aro, era la novia de mi amigo Rulo. Si lo encestaban, no. Simple.

La cosa es que lo hice, lo encesté, y no tuve que ser la novia del pesado de Rulo. Quién lo aguantaba si no a ése. Que, es verdad, me había ayudado con el misterio de Beba y su casa llena de animales; y a buscar un refugio para el mono Rodolfo. Y aquella aventura fue súper divertida, pero yo no andaba como para tener novio, que debe de ser medio aburrido y carísimo, con esos regalos que se hacen los enamorados en los cumpleaños y aniversarios. No, mejor me quedo así, tranquilita. Ya habrá tiempo para gastar en bobadas.

Bueno, la vida en el barrio siguió su curso. No pasó nada extraño, salvo que Armando, el carnicero,

se afeitó y la gente pensó que su comercio había cambiado de dueño. Tuvo que poner un cartel en el local: “Soy el mismo dueño, Armando, pasen, no tengan miedo”.

Yo estaba de lo más tranquila, hasta que se mudó a mi cuadra “ésa”, la divina de Josefina que, tengo que reconocerlo, siempre me trata bien y todo, pero se la pasa con Rulo, que anda como loco atrás de ella y no me hace más caso. Ni siquiera me saluda cuando me paseo con un gran sándwich olímpico frente a sus narices.

Yo no sé qué le dio a éste. Me parece normal que le guste un poco, porque ella es muy linda, no lo voy a negar, alta así, con sus rizos negros y sus vestiditos todos prolijos, y se pone esos pantalones que le quedan súper bien. Yo, al lado de ella, parezco una deforme con cara de tonta. ¡Vaya a saber dónde consigue la ropa la muy maldita! Yo me tengo que vestir con las playeras y los pantalones que me pasa una prima que mide como dos metros más.

¡Y ya estoy harta de andar con los zapatos de mi tío Roberto!

Dejemos eso, que me estoy enojando.

Una tarde de verano, no hacía mucho que Josefina “la Divina”, como le puse para burlarme de Rulo

y su nueva amiga, nos invitó a su casa a tomar leche. Yo fui sin chistar, porque no está bien andarse negando a una buena merienda en estas épocas de crisis. Fíjense lo que pasa con el Facebook, que cambia de formato cada cinco minutos. Así no se puede, no se puede.

Rulo me pasó a buscar a la casa. Estaba ansioso y daba saltitos, como siempre.

—Tranquilo, galán. ¿Qué te pasa?, ¿tienes miedo de llegar tarde?

—¿Qué dices, Jime? Si Jose es mi amiga. Además, no sabes lo que me dijo el otro día.

—No, si lo supiera sería adivina y pondría un puestito en la feria y me llenaría de dinero. A ver, ¿qué te dijo la Divina?

—Me confesó que le caías muy bien, aunque casi nunca entendía tus chistes.

—Eso le pasa porque es medio lenta ella. Pero bueno, seguro va a ser modelo o promotora o conductora de televisión o miss universo o lo que se proponga, ¡ay!

Rulo se tapó la boca para esconder una sonrisa.

—No te burles de mí —rezongué.

—Eres muy graciosa, Jime.

—Lo sé. Ahora vamos que tengo hambre. Deja la bici aquí, haremos un papelón si llegamos con esa cosa toda colorida.

Caminamos en silencio y percibí un aroma extraño en el aire. ¡Rulo estaba perfumado! “Ah, no”, pensé. “Está perdido. Se enamoró”. No dije nada. La verdad es que prefería eso al clásico olor a mortadela en su aliento.

Entramos a la casa y era normal. Con sus muebles y lámparas, las paredes pintadas de blanco, una alfombra por aquí, un equipo de audio por allá, una interesante colección de discos, que enseguida llamó la atención de Rulo.

—¡Mira, tienen discos de salsa!

—Deja eso, Rulo, que tú rompes todo.

—No es cierto, las cosas vienen cada vez más mal hechas.

Yo pensaba que me iba a encontrar un lugar súper ordenado, como un museo en el que no se puede tocar nada ni rayar las paredes o hablar muy alto. Pero no, resulta que la madre de Josefina, una señora muy elegante (debe de ser genético, ¡qué fastidio!), nos hizo pasar al cuarto de su hija.

—Pasen, pasen, Jose los espera.

Y cuando entramos, el horror. Casi me desmayo. Era imposible. Alguien estaba tramando algo en mi contra. Querían amargarme la vida. ¿Eh?

¿Qué había visto?

¿Pósters de Hanna Montana, One Direction, Los Backyardigans? ¿Eh? ¿Algo bien típico de un cuarto de niña divina?

Pues no. Las paredes estaban prácticamente empapeladas con imágenes a todo color de famosos jugadores de básquet de la NBA.

No lo podía creer. Josefina, “la Divina”, era perfecta. También le gustaba el básquet, como a mí. Nada de decorados rosaditos. Nada de perfumes o almohadones con corazones bordados. El cuarto era un lugar maravilloso, lleno de musculosas de la NBA y ropa escondida debajo de la cama. ¡Como debe ser!

—Ay, pasen, pasen —invitó Josefina, sentada en la cama.

Rulo, cuando puso un pie en el cuarto, tropezó con la pata del escritorio y, al querer agarrarse de algo para no caer, tiró todo lo que había sobre una repisa. Igual cayó de frente en el suelo. Golpazo que se dio. Además, en su torpeza tiró una carpeta, de la cual cayó un fajo de sobres, todos prolijamente ata-

dos con cintas de color. Tenían un nombre escrito: Elvira.

Al ver los papeles por el suelo, Josefina se levantó como accionada por un mecanismo de resorte. Parecía nerviosa y enseguida tomó los sobres y los puso dentro de la carpeta. En unos segundos ya estaba todo acomodado.

¿Qué habría en esos sobres? ¿Quién era Elvira? No se podía saber con exactitud. Pero estaba segura de algo: eran importantes y extramegaarchisecretos.

—Uy, tiré todo, Jose, perdóname.

—¡Ay, Rulo! Tú nunca cambias.

—Todo bien. No pasa nada.

“¡Qué no pasa nada!”, me dije, “bien nerviosita que quedaste, ¿eh, eh? Ya averiguaré qué tienes ahí en esos sobres, Josefina “la Divina”. Seguramente estás tramando algo siniestro, sí, sí”.

A medida que pasaba el tiempo nos íbamos acomodando en el cuarto. Josefina contó historias de su barrio anterior. Cosas aburridas en su mayoría, pero que Rulo escuchó con la boca abierta, como si fuera la noticia más increíble del mundo. Ya me tenía cansada con su deslumbramiento.

¿Qué? Seguro piensan que estoy celosa. Nada que ver. No son celos, es que no puedo creer que Rulo sea tan complaciente.

Ya cuando estaba medio aburrida propuse hacer algo diferente. Salir por ahí a patear bolsas de basura o cosas así. Pero no, como todavía no habíamos merendado, debíamos esperar y quedarnos quietitos.

—¿Qué tal si jugamos con el PlayStation? Tengo el último juego de la NBA.

—Buena idea —dije.

Y allá fuimos. Nos ubicamos sobre el sofá de la sala, donde hay tremendo plasma de no sé cuántas pulgadas. Todo ya estaba conectado de antemano. Al parecer a Josefina le gustaba recibir bien a la gente. En eso, llegaron unas bandejas con alfajores de chocolate y de maicena, y tres enormes tazas de café con leche. Rulo casi se pone a llorar de la emoción, pero se distrajo mordiendo el *joystick*.

Estaba todo muy rico.

Mientras nos enfrentábamos en un emocionante partido con Josefina, sentimos la presencia de alguien detrás de nosotros.

Vimos dos manos pálidas apoyadas en el sofá.

Los tres volteamos para ver de quién se trataba.

Cuando vi aquel rostro espeluznante pensé que ni el mejor de todos los alfajores de chocolate valía la pena si había que estar en la misma habitación que aquella señora.